

Enrique Barón Crespo

Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores
y de Seguridad del Parlamento Europeo

La Europa de Carlos V y la Europa de Maastricht



EAN mis primeras palabras para saludar la acertada iniciativa de la Universidad de Extremadura de convocar este Congreso Internacional sobre «Carlos V y la Noción de Europa» en el marco del V Centenario. Felicitación que hago extensiva a los copatrocinadores.

Me han hecho Vds. el inmerecido honor de incluirme entre los conferenciantes, sin duda por mis responsabilidades en relación con la Europa de Maastricht, ya que ni puedo ni intento competir con el ilustre elenco de personalidades que están disertando sobre la obra de Carlos I de España y V de Alemania así como su proyección.

Considero que la mejor aportación que puedo hacer es ensayar un ejercicio sobre las principales similitudes y diferencias entre ambos momentos históricos. Pero antes de entrar en el mismo, permítanme comentarles algunas impresiones personales de acontecimientos vividos que expresan la vigencia de la memoria histórica sobre la persona y el símbolo de Carlos V en Europa. El primero es una celebración que se repite año tras año en la capital comunitaria por excelencia, el «Ommegang» de Bruselas.

En la primera semana del mes de julio, se conmemora la solemne ceremonia de entrada del Emperador en 1549 en Bruselas, fecha en la que presentó en sociedad a su hijo Felipe II. Se trata de un espectáculo de abigarrado colorido, digno del esplendor de la Corte de Borgoña y de la mejor tradición pictórica flamenca.

En el marco incomparable de la Grand Place, decorada expresamente, aparecen el Emperador y su hijo, acompañados de su hermana María la regente, las reinas de Francia y Dinamarca, los caballeros de la Orden del Toisón de Oro, con Mauricio de Orange y los Condes de Egmont y de Horn al lado del Duque de Alba, seguidos por una completa comitiva en la que alternan las Guildas y Gremios con zancudos y rústicos que representan escenas auténticamente breughelianas, y todo coronado con un desfile de caballeros portando los estandartes del Imperio Universal, en el que alternan los de los Países Bajos, los reinos ibéricos, Austria, Hungría, Jerusalén y las Indias. No se trata de un acto oficial. La organización del Ommegang es enteramente privada.

El segundo es la acuñación por el Reino de Bélgica en 1987 de piezas de 1 Ecu con motivo del 30 Aniversario de la Comunidad.

La moneda elegida es una reproducción del Ducado español de la época, y su leyenda facial habla del «C.F. Carolus D.G. Rom. Imp. Hisp. Rex. Dux. Burg.», (El César Carlos por la Gracia de Dios Emperador de los romanos, Rey de los Españoles y Duque de Borgoña).

Dos ejemplos —uno privado, otro público— que muestran la pervivencia de la figura del Emperador y su simbología hoy en día en el mismo corazón de Europa. También les podría citar otros, en los que se demuestra el arraigo de ciertas líneas

divisorias internas en Europa que provienen de esta época, como, por ejemplo, el acto casi reflejo de escisión entre los parlamentarios europeos siguiendo las fronteras entre Reforma y Contrarreforma cuando se trataba de votar una sesión en Roma para conmemorar el Trigésimo Aniversario del Tratado del 57.

O allende los mares —Plus Ultra—, encontrar en la impresionante desolación del Puno Boliviano la Villa Imperial de Potosí a la que el César concedió sus símbolos, que figuran en su escudo, desde el Toisón de Oro a las columnas de Hércules y su leyenda¹. Signo, sin duda, de la importancia de una ciudad de cuyo Cerro salió, en medida no despreciable, la prosperidad europea, al proporcionar el circulante que, tras pasar impetuosamente por España, era devorado sin tasa por la política imperial y acababa fertilizando los Países Bajos.

Entremos ahora en el ejercicio de comparación entre similitudes y diferencias. En primer lugar, sorprende la casi identidad del núcleo central y el marco geográfico entre ambas Europas.

La de Carlos V tuvo como núcleo inicial la Lotaringia, es decir, el mismo centro del Imperio carolingio, y a partir de ella, se fue ampliando con las herencias recibidas por ambas ramas (la borgoñona y austriaca por vía paterna, la hispano-italiana-americana por vía materna), con lo que configuró una Europa sustancialmente coincidente con la comunitaria actual, excepción hecha de Francia. Braudel lo explica con su precisión habitual: «Les Rois Catholiques d'ailleurs ont préparé la fortune de leur petit fils. N'ont-ils agi dans toutes les directions utiles, l'Angleterre, le Portugal, l'Autriche, les Pays Bas? Joué et rejoué la loterie des mariages? L'idée d'encercler la France, de maîtriser ce voisin dangereux, modèle à l'avance le curieux empire habsbourgeois, comme évidé, troué en son centre. Charles de Gand a été un hasard calculé, préparé, voulu d'Espagne»².

Esta política española con vocación europea se conjugó con el destino, en un proceso descrito in-

1 «Cesaris potentia pro regu prudentia iste excelsus mons et argentus orbem debelare valent universum».

2 F. Braudel. *La Méditerranée à l'époque de Philippe II*. vol. II, p. 21.

superablemente por D. Ramón Carande: «las dinastías se agotaron para ofrecerle tronos, y el mundo va dilatando ante él, sacándolas del misterio, tierras vírgenes»³.

Carlos iba a jugar a la política europea, españolizándose sobre todo al final de su nómada existencia. Su trayectoria política fue una obra planificada de Unión Europea que se convirtió en un auténtico mito de Sísifo.

Los comienzos fueron fulgurantes. A tan rica herencia, Carlos añadió con 19 años la Corona de Rey de los Romanos y poco después, la electiva de Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (el Reich). Con ello, volvió con fuerza a escena la unidad europea, afirmando la superación del Imperio Romano y del Carolingio con la idea del Imperio Universal. Este renacimiento del Reich se vio potenciado con el impulso renacentista y su redescubrimiento de la Antigüedad, y fue objeto de un sistemático trabajo de creación de imagen frente al que el moderno «marketing» político palidece. El Soberano volvió a ser denominado César, y fue retratado y acuñado como un verdadero emperador romano, con coraza antigua y la frente ceñida con laurel. Además, se añadieron las columnas de Hércules con la orgullosa divisa «Plus Ultra» para expresar una ambición planetaria hecha posible por primera vez con el descubrimiento de América. Símbolo que dominó la época. Strong cuenta que tras la derrota de la Invencible, la Reina Isabel de Inglaterra fue retratada, en clara alusión, con los pies sobre las columnas de Hércules y en el Arco de Triunfo edificado para recibir a Enrique IV en Avignon figuraban las susodichas columnas con la Corona de Francia y la Tiara Papal, con el lema «Duo Protegit Unus»⁴.

El mito del Imperio Universal creado en torno a la figura del César Carlos tuvo una enorme difusión y marcó con su huella el complejo mitológico que se iba constituyendo en torno a cada una de las monarquías tradicionales.

Además de la iconografía estaba el protocolo con la fusión de la etiqueta borgoñona con la roma-

na, convirtiendo sus fiestas en «grandes compilaciones de todos los elementos aptos para incrementar el mito imperial», con un «culto sistemático de la Casa a través de panegíricos literarios y visuales». Concluye Strong señalando que «las fiestas representaban un aspecto importante de la alianza entre humanismo y soberanía, cuyo fin será divulgar de manera sistemática el mito dinástico»⁵.

La apoyatura ideológica fue también decisiva. La Corte Imperial se caracterizó por su cosmopolitismo y por reunir a los más brillantes intelectuales de la época. Destacaban, naturalmente, los teóricos de la idea imperial como Gattinara, Antonio de Guevara con su «Reloj de Príncipes» o Alfonso de Valdés, que escribió después del tristemente famoso «Sacco di Roma» un Diálogo en el que se representaba el saqueo como una suerte de Juicio divino. Pero, sin duda, la argumentación de más peso fue la de Erasmo, que en 1516 dedicó al entonces príncipe su obra «Institutio Principis Christiani», en la que actualizaba la idea medieval del «speculum principis», en la que el príncipe ideal, que debía aunar la formación cristiana con la educación humanística y el seguimiento de los modelos clásicos, se presumía que actuaría espontáneamente para lograr la paz universal.

La obra tuvo un extraordinario éxito en la época. Carlos se cruzó con los personajes intelectuales más importantes del momento, con Lutero en la Dieta de Worms, y Bartolomé de las Casas consiguió que el Imperio se replanteara los fundamentos de legitimidad de su Conquista. Curiosamente, la de un Emperador en cuyo nombre se habían conquistado en menos de diez años dos Imperios insospechados —el México de Moctezuma y el Perú de Atahualpa— además de haber derrotado y hecho prisionero a su máximo rival, Francisco I de Francia.

Pero la ilusión universal no duró demasiado, y el mismo Erasmo podía hablar de un «Imperio» que no era más que «la vana sombra de una gran fama».

En realidad, el Imperio existió solamente en la persona del Emperador, elegido en Frankfurt tras una compleja y cara campaña por los grandes electores y por reunir en su persona una herencia ges-

3 R. Carande, *Carlos V y sus banqueros*. Tomo I, p. 1. Ed. Critica, 1987.

4 Roy Strong, *Art and Power*. 1981. The Boydell Press.

5 Op. cit. pp. 126 a 128.

tionada en un Directorio que a la vez era un Consejo de familia.

El Sacro Imperio fue una denominación germánica que ha perdurado secularmente incluso en las épocas de mayor fragmentación y división en Alemania, y con vigencia en el Norte de Italia. No existió una voluntad centralizadora propia de un Estado único con una gran administración monolítica. Hubo algunos avances, como en el caso de los Países Bajos, en donde dio los primeros pasos para una legislación común, creando el Círculo de Borgoña y la Pragmática Sanción de 1549.

Su concepción de la Unión Europea, y de la Monarquía Universal, difería profundamente de la de un Napoleón, que proyectaba una Europa con un Código Civil, un metro, una Administración ... Los nexos de Unión y denominador común de tan rico y diverso mosaico de pueblos, lenguas, culturas eran su persona y el catolicismo romano.

Su propia persona era el mejor ejemplo de esa variopinta realidad. El flamenco era su lengua natal, el francés, la lengua de corte, el castellano su lengua materna, aprendió el italiano y algo de latín. Pasó su vida viajando, como recordaba él mismo en su conmovedor discurso de abdicación: 10 viajes a los Países Bajos, 9 a Alemania, 7 a Italia, 6 a España, 4 travesías de Francia, 2 a Inglaterra y 2 a África. ¡Un «récord» considerable aun hoy en día; y más aún en las condiciones de entonces, y con la salud desgastada de un hombre prematuramente envejecido. La compañía de un testigo de excepción, el Tiziano, nos permite seguir con sobrecogedora inmediatez al personaje, su carácter y su evolución.

Hasta aquí, las similitudes. Permítanme ahora analizar las diferencias. Es cierto que el proyecto de «Monarquía Universal» de Carlos V originó lo que Paul Kennedy ha denominado con acierto «la apuesta de los Habsburgos por la Hegemonía, 1519-1659»⁶ (*The Habsburg Bid for Mastery*), en virtud de la cual, durante siglo y medio «una combinación a escala continental de reinos, ducados y provincias regentados por los miembros españoles y austriacos de la casa de

Habsburgo trataron de convertirse en la influencia política y religiosa predominante en Europa»⁷.

Combinación que fue bipolar casi desde el principio, dado que el mismo Carlos V cedió muy pronto, en 1520, la administración y la soberanía de las tierras hereditarias austriacas a su hermano Fernando, configurando una unión expresada de forma insuperable por el Águila bicéfala de su escudo, con Madrid y Viena como cabezas, la una mirando hacia el Oeste y la otra hacia el Este. Con todo, la idea patrimonial prevaleció, como pone de manifiesto el breve enlace de Felipe II con María Tudor que le convirtió en Rey Consorte de Inglaterra o la desaparición de Don Sebastián que le dio el trono de Portugal. Cada vez más, el Imperio pasó a reposar sobre el Reino de España, en el que Castilla fue la «vaca lechera» de recursos fiscales y humanos, con las remesas periódicas de Indias que permitían sobrellevar el esfuerzo continuo de guerrear en todos los frentes durante casi 150 años, con dos heridas abiertas en las que se consumían todos los recursos: la defensa del catolicismo en el frente centroeuropeo, y la contención del Islam, y sobre todo del Imperio Otomano. En este proceso, que se caracteriza por el desarrollo técnico y científico, acompañado por una revolución en la técnica militar, y por el surgimiento del capitalismo mercantil e industrial moderno fueron consolidándose los Estados-Nación modernos. Europa se fue configurando como un «solo sistema de Estados en el que el cambio de una célula afectaba a otras»⁸, con Francia centrada en romper su cerco, los Países Bajos comprometidos en una guerra político-religiosa que cimentó su independencia (y ayudó a poner las bases de la posterior aparición de Bélgica), Inglaterra fortaleciendo su posición estratégica, Alemania como escenario central de la contienda religiosa, resuelta con la aplicación del principio «cuius regio, cuius religio», aunque el país siguiera siendo un mosaico de pequeñísimos estados hasta entrado el siglo XIX, y una Italia dividida objeto de todas las apetencias por su riqueza y su cultura. Cabe añadir la potencia militar considerable de la Suecia de Gustavo Adolfo, con una presencia importante en el mundo Germánico. Enfrentamiento

6 Título del capítulo II de su obra «The rise and fall of the Great Powers». Unwin & Hyman.

7 Op. cit. p. 31.

8 E.L. Jons. *El milagro europeo*. Alianza 1990.

que se extendió a escala planetaria, con el desarrollo de las marinas holandesa e inglesa y el acoso a las bases y a los enlaces de los imperios coloniales español y portugués. Incluso, cabe recordar el famoso soneto de Quevedo sobre el peligro de «el Golfo de Ormuz», de palpitante actualidad...

El resultado fue contrario al esperado. Frente a la voluntad de lograr la paz universal, la dura realidad fue un continuo guerrear; frente al deseo de prosperidad, la necesidad de financiar el esfuerzo bélico produjo un continuo drenaje de recursos.

Aunque los métodos fiscales de la época eran más bien expeditivos, como los que el mismo Carlos aplicó a la revuelta comunera de Castilla (el patibulo), o a sus propios paisanos de Gante (a los que unció con el dogal de la horca), los ingresos no llegaban. A finales de la década del 40, el 65% de los ingresos normales se destinaban a pagar los juros (la deuda), lo cual llevó a la confiscación del Tesoro de Indias, y a la bancarrota de 1557, en la que sirvió como consuelo que Francia también la declarara. Ramón Carande ha hablado con razón del «estrageo de aquella simbiosis» entre Carlos y sus banqueros⁹.

En conjunto, España remitió al Tesoro de los Países Bajos, entre 1566 y 1654, 218 millones de ducados, es decir, el 80% más de lo que recibió de las Indias. Y el promedio de los gastos militares en la Inglaterra de Isabel I o en la España de Felipe II, era de 3/4 del Presupuesto destinados a gastos militares o a pagar deudas de guerras anteriores¹⁰. «Sencillamente, los Habsburgos tenían mucho que hacer, muchos enemigos con los que luchar, demasiados frentes que defender».

«Como el Imperio Británico tres siglos más tarde, el bloque de los Habsburgo era una conglomeración de territorios dispersos, un «tour de force» político-dinástico que requería una aportación enorme y sostenida de recursos y capacidad para poder funcionar»¹¹.

Con todo, el debate sobre la Europa Unida no se limitó al diseño de la casa de Austria. El protestante Enrique de Navarra, convertido en el católico Enrique IV de Francia tras reconocer que «París bien

vale una misa», trabajó con su ministro Sully entre 1600 y 1607 en el «Grand Dessein» con la creación de un directorio de los 15 principales reinos europeos para resolver los conflictos religiosos, fronterizos, internos y para abordar una acción común frente al Este, que entonces significaba el Turco.

Desde entonces hasta 1945, la historia de Europa sigue las mismas pautas de rivalidad y enfrentamiento entre Estados que iban conociendo fases alternas de hegemonía relativa, y en la que los enfrentamientos por lograrla se iban haciendo progresivamente mayores y más destructivos, en la medida en que aumentaba la riqueza y la capacidad económica y se iban perfeccionando las técnicas militares. Era el resultado del poderío conjugado con la desunión, que había llevado al continente a la devastación y al borde de la desaparición.

En el proceso que conduce a la decisión de constituir la Unión Europea hay un objetivo común, conseguir la paz, con diferencia sustancial en cuanto a los modos. Jean Monnet lo decía claramente en su nota de Reflexión de Argel —escrita el 5.9.43— «les buts à atteindre sont le rétablissement en Europe du régime démocratique et l'organisation économique et politique d'une «entité européenne»¹².

Robert Schuman lo explicó con insuperable claridad ante el Consejo de Europa: «En effet, nous sommes partis beaucoup moins de considérations économiques que politiques: désintoxiquer les relations entre la France et l'Allemagne, assurer la paix, créer un climat de coopération à travers l'Europe, tel était notre objectif avant tout autre»¹³.

En el Congreso de Europa de 1948, magna asamblea de la que surgió el impulso unitario, y cuyos debates tienen aún actualidad, Winston Churchill afirmó que «the movement for European Unity, as our draft Report declares, must be a positive force, deriving its strength from our sense of common spiritual values. It is a dynamic expression of democratic faith based upon moral conceptions and inspired by a sense of mission. In the centre of our movement stands a charter of human rights, guarded by freedom and sustained by law. It is impossible to

9 R. Carande, prólogo.

10 P. Kennedy, op. cit. p. 79.

11 P. Kenndy, op. cit. p. 43.

12 *La naissance d'un continent nouveau*. Fondation Jean Monnet pour l'Europe. Lausanne, 1990, p. 24.

13 Op. cit. p. 41.

separate economics and defence from general political structure. Mutual aid in the economic field and joint military defence must inevitably be accompanied step by step with a parallel policy of closer political unity.

It is said with truth that this involves some sacrifice or merger of national sovereignty. I prefer to regard it as the gradual assumption by all the nations concerned of that larger sovereignty which can alone protect their diverse and distinctive customs and characteristics and their national traditions all of which under totalitarian systems, whether Nazi, Fascist, or Communist, would certainly be blotted out forever».

Si me he extendido en la cita, es porque la declaración recoge de manera insuperable los objetivos y los desafíos que suponía construir la Unidad Europea.

¿Se imaginan Vds. al actual Premier británico haciendo tal discurso en la Cámara de los Comunes, y la reacción que produciría?

Sin embargo, estas eran cosas que podía afirmar el hombre que llevó a Gran Bretaña a la victoria contra el nazismo, y que en las horas más negras de la guerra, en 1940, había dado su acuerdo al visionario plan de Monnet de crear una Unión francobritánica con ciudadanía común.

El objeto de esta digresión histórica es recordar que la aventura comunitaria tuvo propósitos, motivaciones y objetivos políticos.

En el clásico relato economicista de su gestión, desde la CECA a la UEM, se soslaya demasiado la indudable voluntad política subyacente e impulsora.

En una visión retrospectiva, cabría decir que si durante mucho tiempo esta dimensión política ha latido en tono menor es, sin duda, porque había que disolver y superar tanto los rencores acumulados durante siglos como los prejuicios y los intereses creados.

La Europa de Maastricht representa un punto decisivo del proceso, con la declaración de voluntad explícita de construir la Unión Europea, afirmando su doble dimensión política y económico-monetary. Al afirmar la ciudadanía común y la moneda única, ha introducido dos elementos motores poderosísimos, con otros importantes como son la cohesión económica y social, la introducción de fermentos democráticos tales como la investidura de la comisión y un sistema colegislativo insuficiente, pero que tiene la ventaja de existir.

Se trata de un proceso original en el que los Estados Nación están creando una nueva entidad política —la Unión— sin renunciar a su existencia; frente al proceso de dominación y conquista, el método es la libre asociación y puesta en común de atributos de soberanía.

Ello ha sido posible gracias a un pertinaz trabajo de más de 40 años, acelerado en su dinámica interna con la construcción del Mercado Interior, a partir del Acta Única, impulsado decisivamente por el deshielo del 89, con la desaparición del muro de Berlín y del mundo bipolar. Es de imaginar lo que habría pasado, en época del Emperador, si el Imperio Otomano hubiera desaparecido de repente y el Sultán se hubiera hecho cristiano.

Al comparar la dinámica de ambos procesos sorprende la celeridad inicial del Imperial, en el que la unión de la política y el azar dio todo el poder a un hombre que tras un éxito fulgurante inicial, en el que Europa fue suya, pasó el resto de su vida guerreando, luchando desesperadamente por sobrevivir, y terminó abdicando y representando su propia muerte. En el que estamos viviendo, proceso colectivo de rehacer la Historia y no volver a las andadas, sorprende la lentitud entre el impulso inicial y su concreción. Si de algo hubiera que acusar a nuestros líderes es de haber tardado tanto en adoptar tales decisiones. Y, sin embargo, cuando lo han hecho, hay que ver el coro de agoreros y escépticos que mirando desde la barrera, comentan lo apresurado e inviable del proyecto. No me refiero a la preocupación y a la demanda de información de muchos de nuestros conciudadanos, sino a esa actitud sabihonda y pretenciosa de los que desprecian cuanto ignoran.

Quizá convenga recordar para ilustración de los escépticos que cuando Carlos V se despidió de su hermana María de Hungría en Maastricht el 6 de marzo de 1546, lo hizo insistiendo en persistir en la paz. «Ninguna cosa yo en mi vida tanto deseo ni quiero, como la paz y la quietud en el mundo».

Pocos años después, durante el reinado de su hijo, las tropas de Flandes destruyeron la ciudad. No había de ser la última vez.

Por primera vez, desde entonces, todos los europeos occidentales hemos creado un sistema, consolidado precisamente en Maastricht, para que eso no se repita.



II



Charles



